



El paraíso que sí existe

Requiem (Gabriel Fauré, dirigido por sir Neville Marriner, 1995)

No creo, soy una incrédula irredenta y para mí el llamado más allá es el siguiente minuto. A pesar de ser incrédula y no profesar ninguna religión, tengo debilidad por los réquiems. Te conmueven y te conducen poco a poco a un estado de emoción y angustia en el que te enfrentas a la realidad de lo irremediable.

Me encantan, por ejemplo, los de Mozart o Verdi, famosos sin discusión.

El de Mozart, cuya composición no pudo terminar porque la muerte le llamó con solo treinta y cinco años, incluye una música y unas voces que transmiten fuerza y emoción. Incluso, en algunos momentos, parece que te está zarandeando para decirte: espabila, que esto se acaba. Como curiosidad, he de decir que solo los ocho primeros compases de la famosa "Lacrimosa" fueron escritos por Mozart: el resto fue terminado por su alumno Franz Xaver Süssmayer.

Cuando Verdi escribió su "Requiem" ya tenía 61 años. Lo dedico a su amigo Alessandro Manzoni, fallecido el año anterior. La diferencia de edad respecto a Mozart, y la circunstancia de que la muerte le tocara tan de cerca, marcan una diferencia nada despreciable. La obra de Verdi tiene un peso trágico que lo diferencia del brillo de la composición de Mozart. Refleja la tragedia con más crudeza.

Pero el réquiem que realmente me fascina es el de Fauré (1845-1924). Incluye dos secciones adicionales como el "Pie Jesu" o el "Libera me" que, no siendo frecuentes, se encuentran con relativa facilidad. Más habituales son el "Introito", el "Kyrie", el "Ofertorio", el "Sanctus" o el "Agnus Dei". Lo que no se encuentra en ningún otro réquiem, excepto en este, es la sección "In Paradisum". Suma apenas tres minutos y cinco segundos que cierran la obra y nos transportan a lo que imaginamos como un paraíso.

Todos los demás réquiems te hablan de la muerte con todo su dramatismo. Tratan del sufrimiento, de lo irremediable: "LA MUERTE", así, con mayúsculas. Fauré, en cambio, nos abre una puerta a la esperanza con su "In Paradisum". Esa esperanza a la que, en muchas ocasiones, necesitamos aferrarnos para poder seguir adelante.

De las versiones que he escuchado del "In Paradisum", la dirigida por sir Neville Marriner (1924-2016) es la que más me gusta. El coro de voces blancas es fluido, sin alteraciones, y te conduce a un estado de bienestar que podemos identificar como paradisíaco. El instrumento que acompaña las voces desde el primer momento es un órgano que hace una melodía distinta a la de las voces. Posteriormente, entran las violas y los violines, que crean una textura suave y melancólica que refleja la serenidad del paraíso. El fagot y el oboe complementan a las cuerdas, proporcionando un toque triste a las secciones más emotivas. Las trompas aportan brillo y el arpa añade dulzura y luminosidad. El conjunto de instrumentos y voces crea una atmósfera de paz, serenidad y esperanza.

En resumen, esta incrédula no creyente se decide por la esperanza del señor Fauré, porque puede que crea más de lo que creo.

Crítica elaborada por Ana Nogueira de la **Biblioteca Ramon Fernàndez Jurado (Castelldefels)** en el marco del proyecto Va de música.